



RESEÑA DE | A REVIEW OF

Mujica Pinilla R., et al. (coord.). *San Pedro de Lima. Iglesia del antiguo Colegio Máximo de San Pablo*. Lima: Banco de Crédito del Perú, Colección Arte y Tesoros del Perú, 2018, 331 pp. 360 ils. color, 91 b/n, 2 tablas. ISBN: 978-9972-837-32-6.

CÉCILE MICHAUD
cmichaud@pucc.edu.pe
Pontificia Universidad Católica del Perú

Fiel a una larga tradición de publicaciones sobre arte peruano, el Fondo Editorial del Banco de Crédito del Perú, a través de su colección *Arte y Tesoros del Perú*, dedicó en el año 2019 un nuevo *opus* a uno de los recintos religiosos más importantes de América del Sur: la iglesia jesuita de San Pedro de Lima. *San Pedro de Lima. Iglesia del antiguo Colegio Máximo de San Pablo* ofrece al lector un conjunto de ensayos ampliamente documentados, de la mano de renombrados autores peruanos y extranjeros, que permiten comprender, desde varios enfoques, la inmensa relevancia del Colegio Máximo de San Pablo en la época colonial.

Después de una documentada y sentida introducción de José Enrique Rodríguez Rodríguez S.J., actual Párroco de la iglesia San Pedro, que relata la historia de los jesuitas en la provincia peruana desde su llegada a Lima en 1568 hasta su expulsión en 1767, y aborda las distintas destrucciones que sufrió el recinto en siglos posteriores, se inicia la primera parte del libro, titulada “San Pedro, centro de la misión jesuita”. Compuesta por textos dedicados a la historia de la misión jesuita, pero también a la arquitectura de la iglesia y a su importante botica, tiene un gran valor contextual, pues permite sentar las bases conceptuales para la segunda parte del libro, dedicada a las principales manifestaciones plásticas presentes en el recinto.

Jhon O'Malley S.J. inicia este recorrido con su artículo “Los jesuitas: orígenes de las misiones, escuelas y cultura”, en el cual esboza los contornos de la esencia misionera de la vocación jesuita, antes de analizar en qué esta orden se distingue de las otras: El cuarto voto de fidelidad al Papa, que intrínsecamente integra el deber de misión, las libertades de las cuales goza el Superior General en cuanto a nominaciones, las abundantes comunicaciones, y finalmente la formalización de la educación son, según el autor, las claves para entender las especificidades de la orden jesuita. Es al último aspecto

que O'Malley dedica el resto de su ensayo, mostrando cómo los jesuitas estuvieron a la vanguardia de la educación, no solamente por las nuevas áreas del conocimiento que tocaron, sino también por la decisión de formar a jóvenes laicos y quizá, sobre todo, por el carácter multidisciplinario de sus enseñanzas. Una orden moderna y culta, acorde con el entorno humanista en el cual vio la luz.

Juan Dejo Bendezú S.J., en su texto “La misión jesuita en el Perú (siglos XVI-XVIII)” dialoga con el texto anterior al abordar también la vocación educativa y misionera de la orden, pero haciendo énfasis en la primacía de la segunda dimensión, que el autor trata desde los Ejercicios Espirituales. Para ello, enfatiza las particularidades de la espiritualidad ignaciana: contemplación en la acción, importancia de la imagen y de la imaginación, con la “composición del lugar”. El autor deja también en claro cómo el Colegio Máximo de San Pablo fue el centro neurálgico para la creación de todas las misiones y de los otros colegios en la Provincia peruana. La última parte del texto es de particular interés al poner el énfasis en el inmenso trabajo lingüístico operado por la orden, desde la publicación de catecismos en las principales lenguas vernáculas hasta la enseñanza de estos idiomas en el Colegio Máximo. Gracias al rico tejido de reflexiones ofrecidas por el autor, aparece nuevamente la orden jesuita como un modelo único en cuanto a sus prácticas religiosas, sus actividades educativas y pastorales, entre vida contemplativa y vida activa.

Pedro M. Guibovich Pérez, en su ensayo “El ministerio educativo jesuita en la Provincia del Perú”, expone la influencia de la acción educativa de la Compañía, especialmente la del Colegio Máximo en la sociedad virreinal limeña. Después de detallar la variedad de instituciones que desarrollaron los jesuitas en todo el territorio, recalca el rol que tuvo la Compañía en los primeros tiempos de la imprenta en el Virreinato del Perú. El Colegio Máximo fue en efecto la cuna de la imprenta en Lima, al haber sido el primer lugar en el cual se instaló hacia 1580 el taller de Antonio Ricardo, primer impresor del Virreinato, quién ejerció bajo el impulso de la Compañía. En esta misma línea, Guibovich da a conocer las fuentes primarias existentes sobre lo que fue la Biblioteca del Colegio limeño, y las distintas etapas que ésta tuvo que vivir, enfatizando al igual que sus colegas, también desde las actividades teatrales y los textos de algunos grandes letrados jesuitas, la importante huella que dejó la orden en la sociedad colonial.

Gauvin Alexander Bailey, en “La arquitectura de la iglesia de San Pedro en Lima” destaca el vínculo arquitectónico de la iglesia del Colegio Máximo con el Gesù de Roma, detallando las polémicas existentes al respecto y aportando nuevas reflexiones. El artículo, acompañado entre otros de un excepcional plano del Colegio datado de 1624, permite seguir el proceso de evolución en la construcción de las tres iglesias sucesivas, sometidas a varios sismos a lo largo de la historia. Muestra cómo las reconstrucciones de la fachada a fines del siglo XIX y en el año de 1945 convirtieron la tercera iglesia en un edificio de estilo heteróclito, ajeno a su identidad visual inicial. Al llamar nuestra atención sobre estos cambios sucesivos, el autor esclarece cómo el cambio de gusto y

de mentalidad estuvo un impacto directo en la apariencia de la fachada de la hoy iglesia de San Pedro.

El último texto de la primera parte, de Fernando Héctor Roca Alcázar S.J., “La Botica de San Pedro”, nos hace descubrir una dimensión familiar a muchas órdenes pero globalmente poco estudiada: los conocimientos botánicos y el comercio de plantas medicinales. Nos recuerda cuán importante fue el Colegio Máximo para ello. Ahí se preparaban las plantas no solamente para atender a pacientes limeños, sino que se mandaban a otros colegios o doctrinas de la Provincia, o incluso a Europa, especialmente la corteza del árbol de la quina, planta andina universalmente conocida por curar la malaria. Una tabla procura resumir la extensa relación de insumos de plantas utilizadas, detalladas en un inventario datado en 1770 y por tanto correspondiente a los inventarios realizados después de la incautación de bienes de la Compañía.

La segunda parte del libro, titulada “Arte y espacio sagrado”, está enteramente dedicada a las artes visuales. Inmersos en un excepcional derroche de fotografías, los tres últimos ensayos nos ofrecen un paseo inédito por la iglesia de San Pedro a la par que abren, gracias a sus innovadores contenidos, numerosas perspectivas de investigación.

En “Retablos y devociones para el Salomón de las Indias. De la máquina barroca al teatro de la memoria”, Ramón Mujica Pinilla aborda el conjunto retablístico de la iglesia de San Pedro desde un enfoque claramente marcado por la antropología de la imagen, lo que ofrece perspectivas de sumo interés para la comprensión transversal de las relaciones entre materialidad, intenciones culturales y destinatarios multi-étnicos, en un contexto de intensa teatralidad postridentina. Paralelamente, el autor detalla la historia y el contexto de creación de cada retablo, contextualizando el uso de ciertas estatuas en procesiones: convertidas en estatuas animadas, rompen aún más las barreras entre lo natural y lo sobrenatural –*per visibilia ad invisibilia*–, algo muy propio del Barroco y por supuesto de la espiritualidad sensorial ignaciana. Por otro lado, Mujica alude a la riqueza legendaria de la iglesia de San Pablo, cual Templo de Salomón indiano y espejo de la Jerusalén celestial. Finalmente, de Santa Rosa a Antonio Ruiz de Montoya, el autor nos presenta documentos visuales vinculados al deseo de los místicos de llegar a la santidad por medio de herramientas mnemotécnicas, que el autor asocia luego al “teatro de la memoria” ofrecido al feligrés por medio de los retablos para activar su “vista de la imaginación” y así penetrar la ansiada Jerusalén celestial.

Luis Eduardo Wuffarden, en su ensayo “La pintura y los programas iconográficos”, nos permite conocer por primera vez un conjunto de pinturas que a simple vista del transeúnte se pierden en la profusión decorativa de la iglesia o no están accesibles al público. De especial interés son sus atribuciones de pinturas de los siglos XVII y XVIII provenientes de la llamada escuela limeña, poco investigada en comparación con la pintura cuzqueña de aquellos siglos. Por otro lado, a través de los encargos realizados por los jesuitas a pintores europeos, el autor nos muestra la iglesia del Colegio Máximo como cosmopolita, en contraposición a la iglesia de la Compañía en Cuzco, conscientemente pensada para contener obras de impronta andina. De Bitti a Diego de la Puente,

Bartolomé Román o Juan Valdés Leal, los jesuitas del Colegio Máximo siempre buscaron rivalizar con las otras órdenes para embellecer su recinto gracias a las obras de estos artistas, pero supieron también aprovechar el talento de pintores locales como Cristóbal Lozano. Wuffarden logra mostrar cómo los jesuitas, a lo largo de los siglos, crearon a consciencia una iglesia artísticamente moldeada según su espiritualidad y sensibilidad estética.

Last but not least, el artículo de Rafael Ramos Sosa, “Ver con la vista de la imaginación. La escultura: entre el ícono y la belleza” nos permite descubrir varias obras escultóricas de excepcional calidad, y sino difícilmente observables de cerca, al tratarse mayormente de esculturas exentas en retablos. Ramos Sosa, por su profundo conocimiento de la plástica peninsular del siglo XVII y pese a una escasa documentación, logra atribuir varias piezas hasta ahora anónimas, mostrando nuevamente la vena profundamente cosmopolita y globalizada de las dinámicas culturales jesuitas. Además, el autor asocia las obras identificadas en la iglesia limeña con otras creaciones de estos escultores en diversas ciudades europeas, lo cual resulta especialmente estimulante para investigaciones posteriores. También muy sugerente es la reflexión que desarrolla Ramos Sosa sobre lo que podríamos llamar una consciencia artística jesuita: en este caso, la hipótesis de que los jesuitas limeños encargaron su *Cristo de la Buena Muerte* a Juan de Mesa en vez de su maestro Juan Martínez Montañés, porque éste último, más allá de su inmenso renombre, poseía una factura más serena que su alumno, cuyos conocidos efectos dramáticos respondían por tanto mejor a las expectativas de la Compañía. A través de este caso como de otras reflexiones, el autor demuestra cómo la escultura, por su carácter tridimensional y polícroma, se revela idónea para los fines didácticos, ejemplares y devocionales de la imagen promovidos por la espiritualidad ignaciana, constituyéndose en un instrumento de persuasión y de conexión con lo divino particularmente eficaz en este esfuerzo de “ver con la vista de la imaginación”.

El libro *San Pedro de Lima. Iglesia del antiguo Colegio Máximo de San Pablo* constituye un hito en la historiografía jesuita, de la Lima colonial y del arte del Virreinato del Perú. Los ensayos, enriquecidos por un exhaustivo aparato de notas, las fotografías ya mencionadas y una nutrida bibliografía, dialogan orgánicamente, permitiendo al lector atento generar relaciones entre el conjunto de informaciones y reflexiones que se le ofrece, en una mirada decididamente multidisciplinaria. El Colegio Máximo de San Pablo aparece entonces más claramente que nunca, bajo esta nueva luz, como el gran centro cultural, intelectual, educativo, científico y artístico que fue, recordándonos lo que los jesuitas, en la Ciudad de los Reyes como en tantos otros lugares, fueron y aun son capaces de dar al mundo.